

La imagen de la ciudad en la planificación y la política urbana



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

*Josep Vicent Boira Maiques**

Resumen

Este artículo analiza la relevancia del estudio de la imagen del espacio urbano en diferentes escalas con una breve reflexión sobre los orígenes de la aproximación, partiendo de la diferenciación entre espacio objetivo y subjetivo. Repasa las implicaciones en tres aspectos concretos: la planificación urbana, la delimitación de espacios percibidos y el estudio de la imagen pública urbana, reflejo de una historia, pero también de procesos sociales recientes y de intervenciones públicas. Los campos de aplicación se ilustran con investigaciones realizadas en España.

Palabras clave: percepción, ciudad, participación, planificación, ciudadanos

Abstract

This article analyzes the importance of studying the image of urban space at different scales with a brief consideration about the origins of this approach, beginning with the difference between objective and subjective space. It reviews its implications in three concrete aspects: urban planning, the definition of perceived spaces and the study of the public urban image –a product of a history, but also of recent social processes and public interventions. The possible fields of implementation are illustrated by explorations carried out in Spain.

Key words: perception, city, participation, planning, citizens

* Profesor de Geografía Urbana del Departamento de Geografía de la Universitat de València (España).
Josep.Boira@uv.es

El reencuentro del investigador con el primer tema de trabajo de su vida académica no es tarea sencilla. Muchos de los puntos defendidos en un determinado momento, incluso con vehemencia, pueden haber sufrido importantes variaciones, cambios y matizaciones. En numerosas ocasiones, estas diferencias surgen del contexto social y cultural exógeno a la teoría y no tanto de su evolución interna, lo cual ocurre con el tema de la percepción, los imaginarios y la ciudad. Debo confesar que mi formación como geógrafo ha incidido mucho más en los aspectos espaciales de la ciudad que en los elementos cognitivos del ser humano, factor que explica algunos comentarios críticos sobre ciertas obras (véase Boira, 1998). De hecho, el eje de mi tesis doctoral, leída en 1991, lo constituyó la idea fundamental, todavía en vigor, de que el espacio tiene una dimensión subjetiva más allá de la clásica u objetiva, aquella que se recoge a través de mediciones cuantitativas. A partir de este presupuesto inicial podía suponer, por ejemplo, la existencia de una ciudad subjetiva y de una nueva frontera para mis investigaciones: aquella menos visible, pero no por ello menos real, que se encuentra en mi interior. No es extraño, como ya he señalado en otras publicaciones, que uno de los más destacados impulsores de los estudios geográficos de la dimensión cultural del espacio, John K. Wright, escribiera en 1966 que las interioridades mentales del espacio son “la más fascinante *terra incognitae* entre todas las que residen en la mente y el corazón de los hombres”. Así pues, al igual que los primeros exploradores y geógrafos o los antiguos cartógrafos, se abre ante nosotros la necesidad de explorar otras fronteras, de medir otras dimensiones, de registrar nuevos descubrimientos. El espacio, como cualquier otro concepto geográfico, adquiere así una insospechada tonalidad, una profundidad de campo desconocida, una tridimensionalidad social, cultural y subjetiva de primera magnitud.

Esta tesis, que junto con otros muchos geógrafos vengo defendiendo desde hace años –al menos casi tantos como tiene en España la llamada geografía de la percepción y del comportamiento–, puede traducirse directamente al tema que aquí me ocupa: estudiar el imaginario urbano de la población de una ciudad o de una porción de la misma es imprescindible para captar en su totalidad la

experiencia urbana y, en consecuencia, es forzoso para actuar en ella, sea a la hora de planificar su crecimiento, diseñar su imagen o mejorar su entorno. Como señala Alicia Lindón (2006: 98-99): “Pensar la ciudad y la periferia sin la dimensión subjetiva mutila el fenómeno estudiado y limita profundamente la comprensión del mismo. Las acciones con las que se construye, se habita y se vive la ciudad y el espacio urbano, suburbano y periférico no están desprovistas de significados, aunque durante mucho tiempo se les ha analizado como si no existieran”.

Así pues, la tesis de que se deba atender también a la percepción, a la imagen y a los sentimientos y no sólo a las rectas y a las curvas de un plano urbanístico o arquitectónico era, en los años noventa, una propuesta que no todos compartían. El paso del tiempo ha modificado las cosas. Pero, como dije al comienzo, este cambio se debe más a la mutación del entorno que a cambios en la propia teoría. La novedad hoy es que la sociedad occidental ha dado plenamente la razón a aquellos que reclamábamos una consideración de la dimensión subjetiva de la ciudad, aunque lo lamentable es que este “darnos la razón” no se ha producido por asentimiento, sino por desistimiento. Es decir, se ha producido no tanto por convencimiento con los principios de esta teoría, más bien por abandono de los presupuestos de la alternativa, aquella que defendía la unilateralidad de la visión científica y objetiva del espacio. En términos estadísticos, es como si se aceptara la hipótesis alternativa sencillamente porque se ha rechazado la hipótesis nula (en realidad es así como funciona el mundo cuantitativo del contraste de hipótesis).

La tesis del sociólogo Zygmunt Bauman sobre la sociedad líquida (2003), y sus secuelas sobre la ciudad o el miedo, es un claro exponente de lo que comento. A pasos agigantados, la sociedad occidental ha pasado del estado sólido al líquido, con lo que las ideas, grupos, lazos y teorías han perdido su forma compacta y por ello todo fluye, se filtra, gotea, exuda o mana. Como los líquidos o los gases, la modernidad y la sociedad (hablo de la sociedad urbana y de la ciudad) se adaptan, sin un plan previo, a las presiones y a las tensiones exteriores e interiores y por ello cambian de forma, se dividen y se vuelven a agrupar casi caprichosamente. La modernidad se ha hecho líquida. No se trata de explicar aquí las tesis de Bauman, pero la evolución de la sociedad hacia este estado de liquidez ha afectado y mucho a la tesis sobre la ciudad y a los principios que sustentaban la aproximación subjetiva al entorno urbano. Como la sociedad y la modernidad, las visiones sobre la ciudad han comenzado a ser líquidas, a perder solidez. Según Bauman, si la historia del siglo XIX y XX se ha caracterizado por la sucesión de teorías urbanas “sólidas” (es decir, de idearios urbanísticos, utopías y consideraciones políticas y sociales cerradas y prediseñadas), el siglo XXI está conociendo la desintegración de los discursos para ceder el paso a la emersión de las reacciones y los

sentimientos, y sólo a ellos. Además, como señala Bauman, el corto plazo ha sustituido al largo plazo, la velocidad y la instantaneidad son el ideal último, no existen hábitos aprendidos para enfrentarse a la vida (pues ésta carece de forma definida y es rápidamente reajustada), la idea de progreso ha dejado de ser colectiva y se ha “individualizado” (desregulado y privatizado, apunta él), la extraterritorialidad se impone sobre la localidad, y la gran pregunta, según el sociólogo, ya no es “¿qué debe hacerse?”, sino “¿quién va a hacerlo?” Si se traducen estos principios al mundo urbano, será evidente la crisis en la que vivimos.

Por otro lado, Bauman dedica brillantes páginas a explicar algo que los geógrafos deberíamos leer con fruición: la derrota del mapa (sería mejor hablar del plano urbanístico en el contexto de este trabajo) como experiencia colectiva e instrumento de planificación. Permítaseme reproducir un párrafo: “la modernidad pesada fue, después de todo, una época en la que se daba forma a la realidad a la manera de la arquitectura o la jardinería [...] Era una época de planos y tableros de dibujo –no tanto para hacer un relevamiento del terreno social como para elevar ese terreno a los niveles de lógica y de racionalidad de los que sólo los mapas pueden jactarse–” (Bauman, 2003: 53). Por su parte, refiriéndose a la ciudad, y citando a Liisa Uusitalo, señala cómo los ciudadanos (ahora, más consumidores que ciudadanos) han sustituido las plazas y las calles, las iglesias o los teatros por los *shoppings* o las cafeterías, las salas de conciertos o de exhibición, los sitios turísticos o de actividad deportiva como espacios de reunión, aunque sin mantener ningún tipo de interacción social (y ésta es otra diferencia con el pasado). De tal forma, surge una nueva geografía urbana, ¡aunque sin un mapa que la pueda captar, ni reflejar, ni dirigir!

Esta visión tiene consecuencias gravísimas sobre nuestras geografías y en especial sobre nuestras ciudades. El mapa (o el plano urbanístico) era la metáfora de la sociedad y de la ciudad sólida y, junto a la teoría que lo sustentaba, al planificador que lo construía y al bien común que, al menos aparentemente, se perseguía, eran la tetralogía que regía la planificación de nuestras ciudades. Planificar, de hecho, es prever el futuro. Pero ahora, con las características expuestas de esta sociedad líquida, ¿dónde quedan aquellos cuatro elementos? El mapa y el planificador han perdido definitivamente la confianza en sí mismos y, además, la sociedad les niega cualquier legitimidad. El resultado es desesperanzador: desde una lucha de legitimidades a la hora de abordar el futuro de los espacios urbanos hasta un desprecio mutuo de técnicos y ciudadanos; desde la ruptura de las redes sociales de base territorial o geográfica (o local), hasta la disgregación urbana; del abandono de la unidad de acción social, a la derrota de la idea del bien común; de la desconfianza, excesiva incluso, del saber técnico, al carácter “defensivo” de las

comunidades urbanas recientemente construidas (bien protegidas por muros y accesos controlados, como en los nuevos barrios segregados); de la emergencia del ciudadano-consumidor (fenómeno ya explicitado por Denters en 2002 y que surge con la misma intensidad que desaparece el ciudadano-responsable) al triunfo de los movimientos urbanos de nuevo cuño (frágiles y efímeros, sustentados en fuertes emociones y nacidos ante actuaciones concretas en el espacio urbano). En Europa, y más concretamente en España, la decadencia de las asociaciones de vecinos (movimientos “sólidos” en el sentido de Bauman, de carácter general y con un visión global) y el auge de las plataformas territoriales o locales de acción directa y reactiva es una buena prueba de ello. Estos movimientos pueden equipararse a los definidos por Bauman (2003: 42-43) como *movimientos perchero*, debido a que se trata de “reuniones momentáneas alrededor de un clavo en el que muchos individuos solitarios cuelgan sus miedos individuales y solitarios”.

Con esta perspectiva, es lógico que la idea de incorporar los sentimientos, la percepción y los imaginarios personales a la visión y a la gestión de la ciudad y socavar el poder monolítico (y “sólido”) de los profesionales del diseño y de la planificación urbana, haya sido considerada interesante por una parte de la sociedad, aunque, como ya he dicho, no tanto por una auténtica confianza en “nuestros” principios sino por una renuncia explícita al paradigma anterior.

Esta alianza sobrevenida entre la visión que pide la incorporación del imaginario urbano a la gestión, al diseño y al estudio de la ciudad y aquella que, por negación de la modernidad “sólida”, llega al mismo punto, no debería invalidar nuestra preocupación inicial. Hay que seguir pensando que la gestión, el diseño y la planificación de la ciudad deberían contar con los imaginarios urbanos. De hecho, incluso aunque creyéramos que los imaginarios ya no son útiles, éstos seguirían apareciendo en nuestra vida y en nuestra actividad profesional y académica. La siguiente imagen es un buen resumen de ello. Como explicaré más adelante, en 2001 se llevó a cabo una práctica de participación ciudadana en Paterna, municipio del área metropolitana de Valencia (Boira y Hermsilla, 2002). Siguiendo los principios de la experiencia conocida como “Mapa de Gulliver”, se invitó a los ciudadanos a complementar la visión “objetiva” de la ciudad con su visión “subjetiva” escribiendo o dibujando sobre un plano urbano clásico todo aquello que quisieran, a modo de un gran grafiti. Uno de los vecinos decidió no escribir nada. Sólo se acercó al lugar donde se desarrollaba la experiencia y pegó una fotografía de su casa sobre el plano. La imagen fue impactante. La superposición de esta fotografía en blanco y negro de su hogar sobre las frías líneas del plano urbanístico lleva directamente a tener que aceptar que ese determinado espacio tiene una dimensión distinta para quien planifica que para quien lo habita. En este sentido, es útil

recordar una sentencia de la máxima instancia judicial de la región de Valencia, el Tribunal Supremo valenciano, que desestimó el recurso de una asociación de vecinos contra un proyecto portuario desarrollado en suelo agrícola con el argumento del “escaso valor” de ese suelo. Cabe preguntarse –sin entrar a juzgar la profundidad del tema concreto– cuál fue el criterio aplicado para llegar a tal conclusión, a qué valor se referían los magistrados y, llegando más lejos, hasta podría dudarse que jueces y ciudadanos estuvieran hablando del mismo espacio, aunque tuviera idénticas coordenadas geográficas.

Así pues, aunque sigo defendiendo la visión de la participación de los imaginarios urbanos en la ciudad, sí debo matizar algunos principios que, en los años noventa, se recalcan y que hoy, a la luz de los cambios sociales, pueden conducir a exageraciones. Curiosamente, tal vez quienes con más ahínco defendimos la necesidad de recuperar la dimensión subjetiva en el estudio y en la planificación urbana, tengamos que ser ahora quienes debemos abogar por la complementariedad con la planificación técnica y cuantitativa de la urbe y sus espacios.

Aunque no circunscrita exactamente a esta discusión, se pueden descubrir toques o pinceladas de ella en la polémica mantenida a tres bandas por José Luis Ramírez (2006), Xosé Manuel Souto (2006) y Lilliana Fracasso (2006) a propósito de la tesis doctoral de esta última referente a la participación en los procesos de planificación y centrada en la concepción deliberativa en la planificación urbana. Esta idea fue atacada por Ramírez, quien, por cierto, formó parte del tribunal de tesis. Aunque la discusión mantenida es mucho más ambiciosa y no viene al caso, sí vale la pena reproducir algunas de las preguntas que Ramírez realiza en su trabajo citado: “¿Es la participación un integrante necesario e incluso *esencial* de una planificación comunitaria que merezca ese nombre? ¿O se trata simplemente de la elección de una forma de planificación entre otras igualmente válidas?” (Ramírez, 2006). Y más interesante aún: “Se trata de dilucidar si la participación es una mera cuestión ético-social (democrática) o una cuestión de conocimiento adecuado” (Ramírez, 2006). Al final de este escrito, volveré a este asunto con una respuesta clara. Un defensor de la participación ciudadana como el profesor Ramírez llega a dudar de la bondad apriorística de los métodos de la planificación deliberativa o discursiva: “La idea de la planificación discursiva parece dar por supuesto que basta con que hablemos unos con otros para que todo salga mejor y que ‘el mejor argumento’ [...] siempre va a convencer, sin dilucidar cómo se elabora el mejor argumento, qué es la convicción y cuáles sus instrumentos” (Ramírez, 2006).

Con la preocupación por esta deriva coyuntural de esta orientación, para hablar de la ciudad, repasaré con brevedad sus, a mi entender, todavía válidos orígenes.

El espacio geográfico se hospeda en la memoria humana

A lo largo de varios años he tenido ocasión de exponer la base de la aproximación que la llamada “geografía de la percepción y del comportamiento” tomaba para sí y desarrollaba con intensidad: la diferenciación entre el espacio absoluto y el espacio subjetivo. Muchos geógrafos –y también un sinfín de ingenieros o arquitectos– han tenido como marco de referencia para sus actuaciones un espacio homogéneo, absoluto, exento de cualquier valor que no fuera el geométrico o, en el mejor de los casos, el económico o el histórico-artístico. El trazado de líneas, rectas y curvas sobre un plano de la ciudad es la materialización más clara de esta visión. Pero a esta concepción unidimensional y absoluta del espacio se contraponen otra multidimensional de él. Daniel Hiernaux (2006: 29) lo ha expresado muy bien recientemente: “La incorporación de lo subjetivo entre los elementos fecundos para analizar la ciudad de hoy debe asociarse con el rechazo creciente a los análisis realizados unilateralmente desde las formas materiales o desde las imposiciones de la economía y la organización social”. No es momento de repasar las bases teóricas de esta aproximación. Una discusión de los orígenes históricos y filosóficos de la misma puede hallarse, aunque sin actualizar, en Boira (1992a y b), y nuevas aportaciones, si bien orientadas al tema de la participación ciudadana y la aplicación de aquellos principios, en Boira (1996, 2000, 2001, 2003 y 2005) y en Boira y Souto (1994).

Vale la pena recordar que, a lo largo de la historia de la ciencia geográfica, han sido varios los intentos de acercarse a una concepción del espacio más humana y cálida. Es posible citar al menos dos aproximaciones distintas pero convergentes en sus intereses: la geografía de la percepción y del comportamiento y la geografía humanista. ¿Qué tienen en común? En primer lugar, preocuparse por las visiones, las creencias, las ideas, las percepciones, las imágenes y los comportamientos de otras personas en su relación con el entorno, con el paisaje, con el espacio. Y, en segundo lugar, basar sus análisis en la diferenciación entre espacio absoluto y espacio subjetivo (o, en el caso de la humanista, negar incluso el primero o, al menos, su supuesta objetividad).

Como ya he comentado en otras publicaciones, existe, pues, un ámbito espacial que sí se ve modificado por las percepciones, las ideas, las creencias y los comportamientos de los sujetos que se mueven en aquél. En principio, es diferente para cada ser humano, aunque en la práctica se encuentra socializado por la cultura, la edad u otras variables sociales y personales. Hasta cierto punto, este espacio subjetivo es una contraposición o un complemento del otro espacio, el absoluto, el cartesiano, siendo la otra cara de la moneda de la realidad. La aceptación de

esta dualidad –junto al desarrollo de un espíritu reivindicativo y democrático– ha permitido que en los últimos años se hayan incorporado al trabajo urbanístico municipal, al diseño de parques y jardines, de plazas, de paisajes urbanos, las percepciones propias de los residentes o de los vecinos, es decir, la dimensión subjetiva, vivida y percibida del entorno sometido a transformación o a construcción.

Esta concepción plural del espacio conduce a una conclusión evidente: el espacio tiene una multitud de dimensiones, de las cuales la que trabaja el planificador, el arquitecto o el gobernante no tiene por qué ser la misma que la que utiliza el ciudadano en su vida cotidiana. Por ello, toda intervención en el espacio debería partir del reconocimiento de esta pluralidad y, por tanto, de la necesidad, al menos, de contar con ella. La participación se convierte así en una consecuencia lógica de la forma de entender el espacio, y no es ninguna concesión de un gobierno de la ciudad. Como comentaré más adelante, un técnico debería reconocer que si no entiende todas las dimensiones del espacio necesita acudir a los otros –vecinos, ciudadanos– para que le sean reveladas.

El desarrollo de estos estudios es tal que en la actualidad debería ser de obligada atención el examen de la cartografía denominada propiamente “mental”. Los ingenieros paisajistas, los urbanistas, los arquitectos, los geógrafos, estamos habituados a trabajar con mapas, los cuales reflejan una parte de la realidad, que, en muchos casos y de forma incorrecta, acaba por ser la única realidad. Esta cartografía ha evolucionado hoy hacia la cartografía mental. Un texto de 2004, en apariencia de título tan sencillo pero complejo en el fondo, *Mapas mentales*, del profesor Constancio de Castro, una de las personas que, en España, más ha trabajado en este campo, nos acerca a algunas verdades que permiten entender mucho mejor esta aproximación. Cito en primer lugar algunos de los títulos de los capítulos de su libro, que son toda una revelación, cuya simple lectura nos introduce en un apasionante nuevo territorio: “La representación del mundo como anticipo de los mapas mentales”, “Peter Gould, el geógrafo que plasmó los mapas de preferencias”, “Asoma la doble cara de la preferencia y el rechazo sobre los lugares geográficos”, “El espacio geográfico se hospeda en la memoria humana”, “Acerca de cómo representamos en mapas nuestras percepciones geográficas”, “Mapas mentales de Europa en la memoria social de las lenguas”, “Mapas cognitivos y experiencia itinerante en los entornos urbanos”, “Los mapas mentales trascienden el mundo de los objetos geográficos”, “Mapas perceptuales: de la percepción sensorial a la social” entre otros.

Estos títulos me llevan a recomendar el libro del profesor de Castro como una de las vías en las que la geografía avanza en el conocimiento más exacto del espacio, y recojo de dicho texto (de Castro, 2004: 97) tres conclusiones importantes:

1) los objetos geográficos son realidades que gravitan en una órbita social y cultural; 2) como tales realidades, tienen acceso a un mundo perceptual, el cual aparece dotado de atributos observables; y 3) el conjunto de atributos busca expresarse en una cartografía perceptual. Si se sustituye “objeto geográfico” por ciudad, el resultado puede acercarse mucho a la idea de la necesaria introducción de los estudios de percepción en este terreno.

¿En qué aspectos de la geografía el profesor de Castro ofrece experiencias interesantes? Al menos en cinco: la interpretación de la cartografía histórica como antecedente –e incluso metáfora– de la relación percepción-espacio; la idea de preferencia que una colectividad muestra hacia ciudades o regiones; la imagen y el conocimiento del lugar geográfico en la memoria del ser humano; la definición y caracterización de los mapas mentales o cognitivos; y el mapa en el mundo de las percepciones, sean o no geográficas.

La dimensión subjetiva y la participación ciudadana

Como he apuntado en otros trabajos (Boira, 1996, 2001 y 2003), tradicionalmente, el planeamiento urbano se ha realizado al margen de las ideas, sentimientos y percepciones de los ciudadanos. En la planificación de la ciudad, las dualidades “espacio objetivo/subjetivo” y “espacio-de-los-técnicos/espacio-de-los-vecinos” están en la base de las numerosas disfunciones existentes entre las percepciones de los expertos (investigaciones de profesionales y actuaciones de planificadores) y los no expertos (las de los habitantes en general) en torno a un problema con implicaciones espaciales. Por ejemplo, el desarrollo de una actuación urbanística municipal sobre un barrio, efectuada sin atender a las percepciones de los residentes (es decir, la dimensión vivida y percibida del entorno), tan sólo profundiza en una de las realidades del problema y, quizás, está condenada a desencadenar una confrontación dialéctica sobre la naturaleza del espacio afectado: ¿En realidad es el mismo barrio el que analizan y ordenan los técnicos que el que viven y sienten los ciudadanos? En una investigación aplicada, de la que hablaré más adelante, se pudo comprobar la dificultad que tenían los habitantes de algún barrio de Valencia a la hora de delimitar el espacio que les era propio y susceptible de recibir tal nombre. Algunos vecinos fueron incapaces de delimitarlo y otros –la mayoría– trazaron un barrio diferente al que utilizan los técnicos de la administración para sus políticas y sus planificaciones. La consecuencia es previsible: ¿de qué manera puede diseñarse una política municipal (educativa, social, cultural, de zonas verdes, de ordenación, etcétera) fundada en la división por barrios

cuando los propios ciudadanos son incapaces de reconocerlos como tales?, ¿cómo conseguir la participación ciudadana mediante unas entidades espaciales inexistentes en la percepción de los vecinos? Los estudios sobre la imagen y la percepción social del entorno urbano pueden contribuir a mejorar este déficit del planeamiento urbano.

Como temas concretos de aplicaciones al campo del planeamiento se pueden citar la legibilidad de la ciudad relacionada con el diseño; la influencia de imágenes o representaciones espaciales en los procesos sociales y en la organización ambiental; la investigación de actitudes hacia la ciudad, el entorno y el medio ambiente; la percepción de riesgos y de catástrofes naturales y evaluación de la problemática medioambiental; los problemas vividos por los habitantes; la percepción vecinal e individual relacionada con la calidad de vida y el bienestar; el concepto de territorialidad; la pervivencia de divisiones tradicionales del espacio urbano frente a las segmentaciones administrativas oficiales; la representatividad de las organizaciones vecinales sobre las ideas y percepciones de los propios vecinos; el grado de autoidentificación con el lugar de vida, preferencias residenciales y deseo de emigrar o cambiar de domicilio; los lugares simbólicos ligados a la biografía personal del grupo o de los individuos; el comportamiento y la percepción de los desplazamientos aplicados a planes de ordenación del tránsito, etcétera.

Desde 1991 he tenido la oportunidad de trabajar en diversas experiencias en las que los principios del análisis geográfico del espacio subjetivo se han dirigido bien a resaltar los aspectos ocultos de esta dimensión subjetiva urbana, bien a intentar mejorar y complementar los cauces de participación ciudadana en los asuntos de la ciudad. Con un fin ilustrativo, repasaré algunas de ellas, seleccionando diferentes aproximaciones y temáticas y dejando al margen ejemplos o investigaciones repetidas.

Vigo (Galicia): la percepción de un entorno periurbano

En esta experiencia un grupo de trabajo investigó la zona periurbana del municipio gallego de Vigo, con el propósito de estudiar su estructura territorial y su coincidencia con la planificación territorial del gobierno regional. Se trató de un encargo del ayuntamiento de la ciudad, que denotaba el interés de los políticos de aquel momento por este tipo de análisis, mucho más participativo y activo que los tradicionales. Así, desde el principio, se propuso partir no sólo de los clásicos apartados de cualquier estudio de ordenación territorial y urbana

(demografía, estructura social, análisis del territorio, infraestructuras y red de asentamientos), sino también de conocer la percepción de los habitantes de esta zona. Para ello, y mediante encuestas a los habitantes y entrevistas con las asociaciones de vecinos del área periurbana, se obtuvieron determinadas conclusiones sobre el espacio subjetivo. En concreto, fue posible profundizar en cinco aspectos fundamentales: *a)* la definición de imágenes rurales en contraposición con las urbanas, mediante un examen de las valoraciones individuales de unas respecto a las otras y del grado de identidad del medio rural; *b)* el análisis del grado del enraizamiento en el espacio periurbano, con el estudio de las preferencias residenciales y la actitud del entrevistado hacia el lugar de residencia; *c)* la actitud del individuo hacia la protección del entorno rural, con una definición de cualidades físicas, ambientales y sociales específicas del medio e interés por su conservación; *d)* el examen de los principales problemas que se detectan en el espacio cotidiano del medio periurbano y de demandas dirigidas hacia la autoridad municipal y *e)* la comparación de la percepción de los vecinos y la de los dirigentes de asociaciones vecinales, con objeto de establecer alguna conclusión válida sobre la representatividad de las opiniones de las entidades asociativas respecto a lo que perciben los habitantes del periurbano vigués. Como se observa, una investigación en la cual la percepción ciudadana se centró, más que en elementos concretos, en valoraciones que debían ser interpretadas por los técnicos y añadidas a su trabajo de diagnóstico y planificación.

Lleida (Cataluña) y Paterna (Valencia): los *Gulliver Maps*

En dos entornos urbanos diferentes, una ciudad grande, capital de provincia, Lleida (1994), y otra ciudad metropolitana, Paterna (2002), apliqué metodologías distintas de la encuesta o de la entrevista tradicional. En este caso, se utilizaron los principios del arquitecto Yunzo Okada y su forma de analizar el espacio: mediante un mapa base de unos 6 x 6 metros en el que se reproducían sendos espacios urbanos (en el caso de Lleida un barrio a escala 1/200, y en el de Paterna, el núcleo urbano completo) y donde se reflejaba la estructura viaria y cuantos detalles fueron necesarios para reconocer el espacio, se invitó a los vecinos a recorrerlo (de aquí la denominación de la experiencia: los habitantes eran como el gigante Gulliver en un país diminuto) y a anotar todas aquellas observaciones que desearan, no sólo de carácter reivindicativo (instalación de farolas, cruces peligrosos, zonas degradadas, aceras deterioradas, etcétera), sino también sociales,

personales o incluso biográficas. De esta manera, tras el paso de numerosos vecinos, el mapa mudo inicial (que al principio reflejaba el espacio “objetivo” de topógrafos y urbanistas y exento de otras consideraciones “humanas”) se convirtió en un espacio pleno de vivencias, recuerdos y denuncias. De un espacio en dos dimensiones, se pasó a uno multidimensional, cotidiano, de amistad, miedos, odios, reivindicaciones, memoria compartida... Era un material ideal para que los técnicos del ayuntamiento recogieran no sólo las denuncias ciudadanas, sino para que aprendieran la complejidad y la polisemia de ese espacio, de ese barrio, de su ciudad. La técnica, en su versión original desarrollada en Japón, se completaba con una visita de los miembros del grupo de estudio (el *Taishido Study Group*) a los lugares reales señalados por los vecinos en los planos (marcas que recibían el nombre de *Gullivers' footprints*) y tomando fotografías (*Gulliver cards*) de esos lugares de la ciudad. Sus habitantes ampliaban al máximo la información sobre ese punto al grupo, con lo cual sus miembros aprendían la auténtica memoria de la comunidad, los valores del espacio, la biografía personal ligada a la historia del barrio. Posteriormente, una gran exposición con los mapas, las fotografías y los comentarios devolvían a la gente sus propias experiencias. En el caso de Paterna, no sólo fueron recogidas reivindicaciones y reclamaciones generales, sino demandas sin plasmación espacial determinada (menos impuestos y contribuciones, menos tasas del servicio de agua potable, acceso a minusválidos en los edificios públicos, reforma del mercado, etcétera).

Fruto de aquella experiencia, fue posible ofrecer al ayuntamiento una serie de recomendaciones, siendo la primera, lógicamente, proceder a la atenta lectura de las exigencias individualizadas con el fin de atender peticiones concretas relacionadas con una calle determinada. Por ejemplo, en el “Mapa de Gulliver”, el cuadrante que más sugerencias, quejas y anotaciones recibió, hasta el punto de que fue difícil su transcripción completa, fue el que afectaba a la Plaza Mayor, y constituyó la mejor muestra de la insatisfacción vecinal con el aspecto y la función actuales. Imaginemos por un instante que algún urbanista, paisajista o arquitecto pretendiera reformarla. ¿La información recogida sería interesante para ello?

Valencia: la delimitación subjetiva de espacios urbanos

En principio, la existencia de espacios internos en la ciudad es un medio de diferenciación del espacio en manos de sus habitantes, dispuestos no sólo a orientarse en ella, sino a comportarse de acuerdo con determinados juicios e impresiones

sobre la misma. Por lo tanto, la existencia de espacios que puedan considerarse “el centro” urbano o “mi barrio” pueden ser elementos de interés para complementar políticas de intervención en la ciudad, de mercadotecnia urbana, de mobiliario distintivo, de señalización o de participación ciudadana. Para delimitar espacios percibidos dentro de la ciudad, propuse dos métodos. El primero consistió en ofrecer al encuestado un mapa de la ciudad, lo más detallado posible, donde fueran apreciables calles, plazas y edificios importantes, sobre el cual debía dibujar los límites del espacio solicitado (el “centro”, su “barrio”). Este método fue puesto en práctica en Valencia (1991) y en Gandía (1998). Otro método alternativo fue ofrecer al entrevistado una serie de lugares muy conocidos de la ciudad, que iban desde su mismo centro geográfico hasta la periferia y el encuestado debía decidir si ese lugar pertenecía o no al espacio estudiado.

En el primer caso, al finalizar la experiencia, dispuse de un buen número de mapas con delimitaciones subjetivas del espacio a considerar. Superponiendo una cuadrícula de un determinado tamaño a cada mapa y analizando las celdas que son consideradas dentro o fuera, obtuve un gradiente de percepción urbana sobre ese espacio. En el segundo, en cambio, se llegó a tener un punto de la ciudad (edificio, monumento, plaza o cruce) con tres coordenadas: dos derivadas de su situación (x , y) y una tercera (z) que era el valor de su percepción subjetiva de pertenecer o no al ámbito estudiado. Con un sencillo programa informático de interpolación se pudo, en ambos casos, trazar isolíneas de percepción (isoperceptas, si se me permite el tecnicismo) respecto al espacio estudiado. En el caso de Valencia y de Gandía, el trabajo se realizó para delimitar el “centro urbano” y los diferentes barrios de la ciudad. En la capital valenciana se demostró que el lugar de residencia era fundamental en la percepción del centro de la ciudad. Unos y otros “estiraban” la frontera, alteraban el espacio, lo comprimían o lo exageraban conforme pautas que se pudieron identificar.

Gandía: percepción del entorno urbano

Gandía es una ciudad valenciana de 60 000 habitantes en la que una serie de obras, infraestructura y modificaciones en su estructura urbana aconsejaron reordenar algunos elementos de la misma (tránsito, zonas verdes, instalaciones y edificios públicos, dotaciones, servicios, etcétera), así como mejorar su división administrativa interna. De acuerdo con estas ideas, su ayuntamiento se interesó por conocer otra dimensión de la realidad urbana, la subjetiva o, en otras palabras, la percepción de sus habitantes. Para ello, se pensó en una investigación cuyos

objetivos fueran estudiar la estructura interna de la ciudad desde el punto de vista del espacio subjetivo, analizar las características ambientales y urbanísticas de los barrios percibidos y de toda la ciudad (problemas detectados, conceptos asociados a los diferentes espacios, preferencias residenciales), investigar la movilidad de los ciudadanos y el posible efecto de las transformaciones urbanas previstas. Aquí, se aplicaron las encuestas a un amplio espectro de la población (más de 2 100 personas).

El resultado permitió ofrecer a los gestores y técnicos un vasto conjunto de datos ligados a tres temas fundamentales: en primer lugar, la percepción de calidad de vida, problemas urbanos en la ciudad y en los barrios, actuación municipal y valoración de determinados ítems en distintas zonas de la ciudad. En segundo lugar, la delimitación por parte de los ciudadanos de sus propios espacios de vida, de sus barrios. Y en tercero, un análisis de movilidad. No es momento de repasar los resultados generales, pero fue posible ofrecer conclusiones vinculadas a las características sociales y demográficas del habitante encuestado. Por ejemplo, a la pregunta de cuál era el principal problema de su barrio, tres respuestas concentraron 40 por ciento de las contestaciones: la falta de estacionamiento (17 por ciento), la inseguridad ciudadana (16 por ciento) y la falta de parques y jardines (6 por ciento). Pero estos problemas dependían también del perfil del encuestado. Con la edad, disminuían las quejas sobre estacionamiento y sobre la necesidad de zonas verdes, y aumentaba la preocupación por la inseguridad ciudadana y la insuficiencia de comercios.

Valencia y el imaginario urbano

Uno de los elementos más interesantes de analizar en la vida cotidiana de los habitantes de una ciudad es su imaginario colectivo y los elementos urbanísticos, artísticos o históricos que sustentan esta imagen compartida. Para ello, tuve la oportunidad de comparar sendas encuestas que llevé a cabo en 1990 y en 2005. La distancia de 15 años entre ambas investigaciones permitió comparar sus contenidos, reflexionar sobre sus variaciones y permanencias y recomendar una serie de medidas para mejorar la proyección de la ciudad. La primera encuesta, realizada en 1990, fue una parte de mi tesis doctoral "La percepción del espacio en una gran ciudad. Valencia y su imagen mental" (1991) que se completaba con un análisis de las memorias que los viajeros habían dejado sobre sus impresiones nacidas de la visita a la ciudad, así como otro que trabajaba la propaganda municipal, la imagen que se pretendía ofrecer al exterior mediante estos folletos turísticos

o informativos. Los principales hallazgos de esta investigación fueron publicados por la Universidad de Valencia en 1992 en el libro *La imagen pública de la ciudad de Valencia*. La segunda fuente de información provino de una encuesta efectuada a 400 ciudadanos de Valencia en el mes de enero de 2005 (con un margen de error +/- 5 por ciento para la muestra total y 95 por ciento de nivel de confianza), patrocinada por el Centro de Estrategias y Desarrollo (CEyD) del Ayuntamiento de Valencia.

De la comparación de los datos de 1990 y 2005 se obtuvieron conclusiones sobre la memoria urbana, los elementos arquitectónicos y urbanísticos destacados o la historia de la ciudad en dos momentos muy diferentes. Así, articulé mi investigación, por lo que se refiere a la encuesta, en tres grandes apartados (dejo para otra ocasión los datos referentes a los viajeros en la historia y a la imagen derivada de la propaganda municipal). Primero, los elementos de la ciudad que nutrían en cada momento el imaginario más inmediato e “inconsciente” de los ciudadanos, aquel que surge sin más reflexión que la propiciada por la pregunta y sin más objetivo que su importancia genérica. Segundo, los elementos urbanos que conforman la imagen “exterior” de la ciudad de Valencia dirigida hacia fuera, hacia un supuesto turista o visitante que llegara a ella por primera vez. Tercero, la carga histórica de esta imagen pública. Al mismo tiempo, pude analizar la evolución de la percepción, del imaginario urbano de Valencia entre 1990 y 2005.

Sin mencionar los descubrimientos más destacados,¹ es factible señalar la extraordinaria mutación sufrida por la imagen pública de Valencia en los 15 años de distancia. A principios de los noventa, los lugares más citados en el total de contestaciones fueron elementos clásicos e históricos de la urbe (la plaza del Ayuntamiento y la de la Virgen, las Torres de Serranos, la Catedral, la Lonja, el barrio del Carmen, el Miguelete, los Viveros, la Gran Vía Marqués del Turia y la Alameda). Sin embargo, en la encuesta de 2005, pese a mantenerse la preeminencia del entorno histórico de la Catedral, apareció con fuerza la Ciudad de las Artes y las Ciencias (por su magnitud y ambición, un extraordinario proyecto urbano de aire posmoderno del gobierno regional valenciano y obra de Santiago Calatrava, consistente en un Museo de la Ciencia, un Oceanográfico, un cine panorámico y un Teatro de la Ópera), la fachada marítima y el viejo cauce del río Turia, convertido en jardín. Esta intervención urbanística se ha incorporado rápidamente al imaginario urbano, mostrando su éxito, mientras la aparición de referencias a las playas y al entorno marítimo de la ciudad (ausente por completo en 1990)

¹ Véase para ello “Informe sobre la encuesta: La imagen de la ciudad de Valencia 2005. Principales conclusiones”, Centro de Estrategias y Desarrollo de Valencia <www.ceyd.org/ambitos/actores/comisiones_trabajo/cultura_ciudadana/informe_encuesta.pdf>.

indica el cambio radical de orientación de la ciudad de Valencia, que ha pasado de ser una urbe agrícola a una marítima en pocos años (con relación a proyectos de reurbanización del litoral o de transformación de su fachada marítima). En este punto conviene preguntarse por la retroalimentación de los procesos: qué fue primero, la percepción o el proceso de transformación urbano. En cuanto a la imagen “turística”, al comparar los datos de 2005 con los de 1990 se encuentran evidentes diferencias y la principal es la presencia de la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Además, es interesante reseñar cómo se produjo un fuerte descenso en la valoración ciudadana del, para mí, mejor edificio histórico de Valencia: la Lonja de la Seda (obra del siglo XV), pese a su declaración como Patrimonio de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Este hecho permitió ofrecer indicaciones sobre políticas de comunicación y de mercadotecnia que eviten esta marginación de un componente fundamental en la historia de Valencia.

Conclusión

Como ya apunté en otro trabajo (Boira, 2003), sigo defendiendo la idea de que “participación en la ciudad” no es exactamente igual que “ciudad en la participación”. De hecho, aunque sea posible interpretarlos como procesos convergentes, no necesariamente llegan al mismo final. La diferencia entre ambas frases está en dónde se pone el acento. Sara Barceló y Zainer Pimentel (2002) han resumido en el título de su libro lo que muchos opinan que debería ser el futuro de la participación ciudadana en la ciudad: *Radicalizar la democracia*. Sitúan, pues, las reglas del juego en la mejora de los procedimientos y no en la esencia del problema: la multidimensionalidad de las experiencias sobre la ciudad y, en general, sobre el espacio. Permítaseme un juego de palabras: no se trata tanto de radicalizar la democracia, como de democratizar el espacio. Ahora es útil volver a la frase de José Luis Ramírez (2006): “Se trata de dilucidar si la participación es una mera cuestión ético-social (democrática) o una cuestión de conocimiento adecuado”. Sinceramente, creo que nos iría mejor si la consideramos una cuestión de conocimiento adecuado aderezado, eso sí, por algunas gotas de cuestión ética y social.

Los principios que he defendido en este escrito permiten concluir que, frente a un espacio monopolizado por la dimensión objetiva, existe un espacio vivido que es descrito –principalmente– en una frase clásica y acertada de Paul Knox (1987), a través del prisma de la experiencia personal de la gente, coloreada por sus esperanzas y miedos y distorsionada por prejuicios y predilecciones. De todo

ello se deriva la necesidad de centrar los esfuerzos de la participación no tanto en el ámbito administrativo o político mediante reglamentos o leyes, sino en métodos que indaguen en la propia esencia del espacio y en su caracterización para los vecinos implicados. En otra ocasión (Boira, 2003) comenté que el único modo en que se pueden estrechar los lazos entre participación y ciudad es hacer inseparables los conceptos de *participación y espacio*, con base en las ideas aportadas por la geografía de la percepción, cultural, humanista y de la sociología, la antropología y la psicología ambiental. En este sentido, debería ligarse participación con espacio urbano. La forma es tan sencilla como difícil de asumir por todos. La delegación de la responsabilidad de los ciudadanos en sus gobernantes hace que, como señala Philips (1999), haya algo de extraño en un tipo de democracia electiva que acepta la responsabilidad de acabar con una situación injusta –un barrio degradado, una ciudad sin parques, una calle arruinada, un solar devastado–, pero no considera nunca que las víctimas o los protagonistas de esta situación sean la gente adecuada para hacerlo. Por otra parte, el camino de los reglamentos de descentralización y participación ciudadana no se ha manifestado como el más acertado para incentivar la participación. En Barcelona, la segunda ciudad española en cuanto a población, se ha llegado al extremo de que, en noviembre de 2007 y ante la audiencia pública para presentar los presupuestos municipales de 2008 y las nuevas ordenanzas fiscales, sólo se presentó a la cita municipal (tan loable en su propósito como inútil) una única vecina, que compartió sala con un representante de una entidad vecinal. No obstante este acto se había anunciado en toda la prensa de Barcelona, se había convocado por correo a 3 700 entidades y se había enviado un correo electrónico a todos los ciudadanos inscritos en el registro de participación.

Como señala Wates en la primera página de su manual con un estilo estadounidense, tan eficaz como directo: *"If you want to know how the shoe fits, ask the person who is wearing it, not the one who made it"*, (si quieres saber cómo sientan unos zapatos, pregunta a la persona que los usa, no a quien los fabrica).

Para terminar, puedo resumir algunas ideas sobre este asunto, ya esbozadas en Boira (2000):

- *Convencimiento personal, no reglamentos.* Desde la perspectiva del técnico en urbanismo y planificación, debería superarse la fase de "informar a los ciudadanos" para entrar en la de "informarse de los ciudadanos". Si no se produce un convencimiento de políticos, gestores y técnicos de la necesidad de introducir la dimensión subjetiva en la planificación de la ciudad, las leyes y reglamentos de participación serán poco útiles. Se debe renovar la

concepción del papel que juegan los individuos en su entorno urbano, pero no por decreto, sino por convencimiento.

- *Convencimiento incluso por egoísmo.* El técnico debería reconocer que contar con los ciudadanos para los procesos de planificación urbana no sólo es recomendable políticamente, sino útil desde un punto de vista técnico, al proporcionar gran cantidad de información nueva, no publicada en censos ni estadísticas, ni derivada de análisis cartográficos, históricos o económicos. De hecho, algunos métodos innovadores (planos en dos dimensiones a gran escala, maquetas, representaciones virtuales en tres dimensiones, etcétera) no sólo ofrecen información abundante, sino también cualitativamente nueva. Este hecho todavía no es aceptado, a veces ni en parte, en la mentalidad de algunos técnicos. Como ejemplo están los textos que Souto (2006) señala con relación a la contestación de los redactores del nuevo Plan General de Ordenación Municipal de Vigo (Galicia), aprobado en diciembre de 2004 y al que se presentaron más de 60 000 alegatos. Algunas de las respuestas de los técnicos del Plan a las demandas ciudadanas fueron del tenor (y traduzco del gallego del texto original): “una opinión del alegante que por respeto no merece ser contestada, puesto que carece de justificación alguna”, “las opiniones discrepantes deben sustentarse en criterios objetivos”, “las cuestiones de opinión son eso, opinión” o “El plan general no actúa por sensaciones o sentimientos”, argumento empleado contra un alegato que presenta “motivaciones intangibles de opinión”. Ante esta forma de pensar que menosprecia la visión de los vecinos y la dimensión subjetiva de la experiencia urbana, se debe seguir insistiendo en su necesidad.
- *Participación individual.* El ciudadano tiene derecho a que se le consulte como persona, sin formar parte de ninguna asociación o colectivo vecinal. Las asociaciones de vecinos o las plataformas locales reivindicativas, entidades que suelen canalizar la participación ciudadana, deberían dejar espacios de libertad, permitiendo la participación individual sin monopolizar los debates y eliminando “intermediarios”. De hecho, los métodos y la perspectiva defendida es un complemento a los cauces legales de participación asociativa.
- *Actitud activa municipal.* A diferencia de algunas opiniones –“la participación se basa en una ciudadanía activa” (Borja, 1987: 142)–, pienso que la nueva participación debería basarse en una administración técnica y políticamente activa. Por ello, estoy más de acuerdo con otra frase del mismo Borja (1990: 665): “Hay que ir a buscar a la gente donde esté”.

Pensando a contracorriente de muchas formulaciones, apuesto por canales de participación “*top-down*”, es decir, de oficio, desde arriba, puesto que las presiones “*bottom-up*”, desde la base, requieren una movilización de los individuos que no siempre se produce, con lo cual, si se deja a éstos la iniciativa, puede suceder que nunca se lleve a cabo, que sea espasmódica, ligada a una intervención urbana especialmente desafortunada o polémica, o que se estructure en torno a grupos de presión legítimos pero parciales.

- * *Métodos innovadores.* Parece evidente que los procedimientos para mejorar la participación ciudadana en la construcción de la ciudad deben olvidarse del ciudadano ilustrado (capaz y bien informado), virtuoso (esforzado en mejorar el estado de la cosa pública) y ocioso (con tiempo libre disponible para los asuntos colectivos) (Vallès, 1998: 75). Recientemente, Soh y Yuen (2006) se han referido a la persona que reúne todos estos requisitos como el *super-citizen*. No puede pedirse dedicaciones extraordinarias de tiempo y atención, ni tampoco la participación ha de ser una carga que sumar a otras que soportan los individuos. Los métodos deben ser innovadores, ágiles y atractivos. Un factor nuevo anima a utilizarlos: hoy en día, el ciudadano se halla más capacitado para enfrentarse a mapas, fotografías, manejo de ordenadores, consultas por Internet, realidad virtual, etcétera, lo que permite abrir nuevos campos de investigación en los procedimientos de participación, complementando la encuesta o el periodo de impugnaciones.
- * *Vía interesante y peligrosa.* Si un técnico o un gestor político abre la vía de la participación real y efectiva, con nuevos métodos y una perspectiva novedosa también en la información que va a recoger de ellos, abre igualmente una vía difícil de cerrar sin ofrecer resultados efectivos. No se puede deslumbrar al ciudadano con procedimientos innovadores y atractivos para después olvidarse de los resultados. Una vez que los ciudadanos se sienten partícipes de un proceso de toma de decisiones es inevitable la necesidad de rendir cuentas de ese proceso.
- * *Participación sí, abdicación a responsabilidades no.* Pese a que he defendido la idea de incorporar los imaginarios urbanos a la práctica de la ciudad, debo recordar que la participación ciudadana en la planificación urbana es un medio y no un fin en sí misma. Más claramente: no se trata de hacer siempre lo que los ciudadanos manifiesten a través de los canales de participación. No debemos caer en el relativismo de las ideas. Hacerlo sería abdicar de las responsabilidades técnicas y políticas por parte de los encargados de la ciudad. No se debe sustituir un racionalismo científico

férreo en el planeamiento por un idealismo basado exclusivamente en principios morales o estéticos. De hecho, Ramírez (2006) acierta de nuevo cuando plantea la necesidad de otorgar a cada ámbito su razón de ser y sus ventajas, dudando de cualquier apriorismo: “Ahora bien, ¿por qué es el diálogo humano tan positivo para la planificación? ¿Es sólo porque cumple con las exigencias de la democracia moderna? ¿o existen razones que afectan la calidad del conocimiento y por ende la efectividad de la planificación?”

- *El planeamiento como una empresa comunicadora* (por usar la expresión de Healey, 1992: 144). Deberíamos ser capaces de construir una “tercera vía” entre la vieja forma de planificar (absoluta, cuantitativa, elitista) y la ordenación en la que no hay criterio técnico o político dirigente. La participación no se debe reducir a una simple consulta a la población, sino que se debe aspirar a un intercambio de visiones, valoraciones, percepciones e imágenes entre la sociedad y los técnicos y gestores, aunque sin que éstos renuncien a sus responsabilidades. La experiencia de la geografía de la percepción trabajando en el campo del espacio absoluto y el relativo –y sobre todo en la conjunción de ambos–, impulsa a pensar que también en la planificación de la realidad urbana hacen falta ambas visiones: la ciudadana y la técnica. La complejidad de los problemas urbanos requiere generosidad y humildad tanto por parte de la autoridad técnica y política, como de los colectivos vecinales y los defensores del diseño comunitario más radical.
- *Antes que lo general, lo particular*. La innovación en la participación ciudadana no debe venir de grandes campañas generales al estilo de “la ciudad que queremos”, “opine sobre el plan general” o el teléfono municipal de atención al público, sino de proyectos concretos, de barrio, locales. Se debe pensar más en un ciudadano interesado por las cosas próximas a su entorno concreto de vida, a sus problemas y a sus intereses. La escala de un Plan General es demasiado grande para una participación ciudadana efectiva. Por ello, debería apostarse por intervenciones más cercanas al ámbito del barrio, con procesos paralelos de participación eficazmente organizados por la administración.

En resumen, los tres lustros de desarrollo de estudios de percepción y espacio subjetivo me permiten proponer este método como una forma de aproximarse de manera eficaz a la experiencia urbana. Imaginarios, percepciones, visiones, sentimientos, conforman la otra cara de la moneda de los datos demográficos y económicos y de los planos urbanísticos de nuestras ciudades. Con todo, sería

bueno mantener un equilibrio entre ambas dimensiones. De la unilateralidad de cualquier visión se derivan consecuencias negativas, mientras que, de una acertada combinación, aparecen nuevas fronteras que explorar.

Bibliografía

Barceló, Sara y Zainer Pimentel

2002 *Radicalizar la democracia. Porto Alegre: un modelo de municipio participativo*, Catarata, Madrid.

Bauman, Zygmunt

2003 *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México.

Boira, Josep Vicent

1992a “El estudio del espacio subjetivo (geografía de la percepción y del comportamiento): una contribución al estado de la cuestión”, en *Estudios Geográficos*, núm. 209, pp. 573-592.

1992b *La ciudad de Valencia y su imagen pública*, Universidad de Valencia, Valencia.

1996 “Planeamiento sin percepción, educación sin participación”, en *II Jornadas de Geografía Urbana*, Asociación de Geógrafos Españoles/Universidad de Alicante, Alicante, pp. 229-240.

1998 “Reseña del libro de Constanco de Castro, *La geografía en la vida cotidiana. De los mapas cognitivos al prejuicio regional*”, en *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 127, Universidad de Barcelona <www.ub.es/geocrit/b3w-127.htm>.

2000 “Participar para conocer. Argumentos para la innovación en la participación ciudadana y la construcción de la ciudad”, en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 69 (77), Universidad de Barcelona <www.ub.es/geocrit/sn-69-77.htm>.

2001 “Percepción y perfil del usuario en el paisaje urbano”, en J.F. Ballester (ed.), *Parques para mañana*, Universidad Politécnica de Valencia, Valencia, pp. 89-108.

2003 “La participación ciudadana y el urbanismo. ¿Radicalizar la democracia o democratizar el espacio?”, en *Mediterráneo Económico*, núm. 3, *Ciudades, Arquitectura y Espacio Urbano*, Instituto de Estudios de Cajamar, Almería, pp. 317-332.

2005 “La percepción del paisaje como instrumento imprescindible para el ingeniero paisajista”, en J.F. Ballester Olmos (comp.), *Proyectos de regeneración del paisaje*, Universidad Politécnica de Valencia, Valencia, pp. 53-64.

- Boira, Josep Vicent y Jorge Hermosilla
2002 *Paterna. Siglo XXI. Centro histórico y comercio*, Ayuntamiento de Paterna/Universidad de Valencia, Valencia.
- Boira, Josep Vicent y Xosé Manuel Souto
1994 “La relación entre la percepción ambiental y el planeamiento territorial: una aplicación al área periurbana del municipio de Vigo”, en *VI Setmana d’Estudis Urbans*, Universidad de Lleida y Ayuntamiento de Lleida, pp. 191-208.
- Borja, Jordi
1987 “La participación ciudadana”, en *Manual de Gestión Municipal Democrática*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, pp. 125-150.
1990 “Políticas y gobierno en las grandes ciudades”, en Jordi Borja et al., *Las grandes ciudades en la década de los noventa*, Sistema, Madrid, pp. 649-722.
- Castro, Constanancio de
2004 *Mapas mentales*, Universidad de Navarra, Pamplona.
- Denters, B.
2002 *Citizen Participation and Local Governance*, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona.
- Fracasso, Lilliana
2000 “Planificación comunitaria y participación en los procesos de decisión: categorías de análisis y argumentos”, en *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 216, Universidad de Barcelona <www.ub.es/geocrit/b3w-216.htm>.
2006 “El estudio de los procesos participativos de planificación territorial. Respuesta al profesor José Luis Ramírez”, en *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. XI, núm. 690, Universidad de Barcelona <www.ub.es/geocrit/b3w-690.htm>.
- Healey, Patty
1992 “Planning Through Debate. The Communication Turn in Planning Theory”, en *Town Planning Review*, vol. 63, núm. 2, pp. 143-162.
- Hiernaux, Daniel
2006 “Los centros históricos: ¿espacios posmodernos? (De choque de imaginarios y otros conflictos)”, en Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux (coords.), *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), México, pp. 27-41.
- Lindón, Alicia
2006 “Del suburbio como paraíso a la especialidad periférica del miedo”, en Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux (coords.), *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Anthropos/UAM, México, pp. 85-105.

Philips, A.

- 1999 "La política de la presencia: la reforma de la representación política", en S. García y S. Lukes (comps.), *Ciudadanía: justicia social, identidad y participación*, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, pp. 235-256.

Ramírez, José Luis

- 1998 "Los dos significados de la ciudad o la construcción de la ciudad como lógica y como retórica", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 27, Universidad de Barcelona <www.ub.es/geocrit/sn-27.htm>.
- 2006 "La ordenación del territorio como tarea discursiva. Una tesis doctoral de Liliana Fracasso", en *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. XI, núm. 672, Universidad de Barcelona <www.ub.es/geocrit/b3w-672.htm>.

Soh, E.Y. y B. Yuen

- 2006 "Government-aided participation in planning Singapore", en *Cities*, vol. 23, núm. 1, pp. 30-46.

Souto, Xosé Manuel

- 2006 "Participación ciudadana y ordenación del territorio. Respuesta a un comentario de José Luis Ramírez", en *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. XI, núm. 677, Universidad de Barcelona <www.ub.es/geocrit/b3w-677.htm>.

Vallès, Josep Maria

- 1998 "Noves oportunitats per a la democràcia local", en *La ciutat del futur. El futur de les ciutats*, Fundació Rafel Campalans-PSC, Barcelona, pp. 71-90.

Wates, N.

- 2000 *The Community Planning Handbook*, Earthscan Publications, Londres.